

## **“La Vida Detrás de las Murallas”**

**Alejandro Giménez**  
**Espacio Cultural Al Pie de la Muralla**  
[narapa@hotmail.com](mailto:narapa@hotmail.com)

“Descubierto el cerro de Montevideo y la punta Carretas, se presenta la población: sus casas de un alto, y sus alrededores llenos de casas cubiertas de paja, de corrales y ganados. Los corrales son formados de estacas y revestidos de cueros. Hay una fortificación de cuatro baluartes, castillo o ciudadela, al este de la ciudad, en un paraje elevado, de manera que la domina. La ciudad se sitúa en una lengua de tierra que sale al oeste cosa de una milla. Está cercada de una muralla regular con ocho baluartes: baña el mar su circunferencia, excepto por el este, y se halla rodeada de peñascos en que se estrellan las olas”.

(Visión llegando a la ciudad del Teniente de Navío José de Espinosa y Tello, hijo del Marqués del Aguila, en el “Diario de viaje de la expedición Malaspina” (1789-1794)).

### **Levantando murallas, fuertes y casas**

“Se puede decir entonces que se comienza casi en cero. No va a haber ni una religión, ni técnicas, ni arte, ni gobierno, ni determinadas maneras de pensar el lugar que alteren, notoriamente, la forma, la ubicación y las costumbres del colonizador”, afirma Marta Canessa, agregando que “San Felipe y Santiago llevará la marca de la España dieciochesca, en una España ya en pleno quebranto, no la del conquistador de brillante armadura y de codicia y valor desenfrenados ante el descubrimiento de las riquezas americanas, sino la de la España vencida y empobrecida de los reyes franceses que intentan, con manotones de ahogado, detener una decadencia económica que se traga las últimas monedas de oro del Nuevo Continente”.

Practicamente de la nada, un imperio español devaluado debía levantar un centro poblado en un lugar neurálgico, y no cabían dudas que la empresa no sería fácil.

Finalizada la etapa fundacional, la amenaza indígena fue muy grande, temiéndose que la novel población corriera igual suerte que la primera fundación de Buenos Aires, abortada en 1536.

Las muy necesarias fortificaciones, máxime tratándose de un enclave militarmente estratégico en la región, comenzaron a construirse en 1741. Diego Cardozo, sucesor de Petrarca, fallecido en 1736, inicia la erección de la muralla en torno a la ciudad, con la Ciudadela como principal edificación. Esta no estaría ubicada en las inmediaciones de las actuales Avenida 18 de Julio y Río Negro, como había propuesto su antecesor, sino en la ubicación actual, ocupando media Plaza Independencia de la actualidad.

La razón del acortamiento de este elemento defensivo se debió a razones fundamentalmente económicas, ya que se carecía de recursos enviados por la Gobernación de Buenos Aires y menos del Virreinato del Perú.

En octubre de 1741 se colocan las primeras piedras de la Ciudadela, pequeño fuerte conectado con la ciudad por la Puerta, que restauraciones mediante, está actualmente en su sitio aproximado. Una zanja y un puente levadizo (sobre la hoy Peatonal Sarandí) separaban a la fortaleza- que tenía cuatro baluartes en sus puntas -del núcleo urbano. En el lado opuesto de la construcción había una capilla, en el sitio donde hoy está el monumento a General José Artigas.

Esta fortificación tiene una clara influencia del ingeniero militar francés mariscal de Vauban, hombre de confianza del mismísimo Luis XIV, que ideó en la segunda mitad del siglo XVII una concepción constructiva en donde lo estético era sacrificado en pos de las necesidades estrictamente militares.

Desde la Ciudadela partían, en forma oblicua hacia ambas orillas de la península en donde se ubicaba el trazado de calles, las líneas de murallas que encerraban a la aldea colonial y marcaban su vida.

Las murallas remataban al norte y al sur con sendos baluartes defensivos llamados “cubos”, de forma semicircular, de los cuales el segundo mencionado aún subsiste, en la Rambla Sur, frente al Templo Inglés. Cada tantos metros había baterías en la línea de defensa (las de San Francisco, de San Carlos, de San Sebastián).

Al norte, sobre la hoy Rambla 25 de agosto de 1825, se construyó el Fuerte San José, hacia 1746, y las Bóvedas, 34 casamatas utilizadas como polvorines, fabricadas aproximadamente en 1794.

Se ingresaba al recinto fortificado por dos portones: el de San Pedro, el primero erigido y por eso llamado “Viejo”, próximo a las actuales calles 25 de mayo y Bartolomé Mitre, y el de San Juan, cerca de la esquina de Ituzaingó y Reconquista.

Merced a una reconstrucción virtual de la Ciudadela (que luego fuera mercado) realizada en los años '90 del siglo XX por un equipo dirigido por el escritor e ingeniero Juan Grompone, en base a fotos de 1876, se calcula la altura de la muralla en doce varas, o sea, 10,80 metros.

Al amanecer y al anoecer, un cañonazo anunciaba la apertura y cierre de los portones, no faltando al decir del memorialista Isidoro de María, alguna lavandera que pernoctó “con el atado de ropa fuera de portones”, a merced de las ratas que abundaban contra los muros.

Pasteleros, verduleros, vendedores de velas, carbón y leña entraban a hacer su trabajo. Recién sobre el final del período de dominación colonial, los portones estuvieron siempre abiertos, presagiando el final de una etapa en la vida de la ciudad.

Hacia 1780 culmina la construcción del Fuerte de Gobierno, ubicado en donde se había levantado aquel primer fuerte apenas tomada la bahía, que luego perdió su razón de ser al trazarse la ciudad hacia el este de su emplazamiento. Sería la sede de la gobernación colonial y de los primeros gobiernos constitucionales uruguayos, después de 1830.

Basta mirar un mapa de la ciudad, para apreciar que esa construcción y la Plaza Zabala (que hoy esta en ese lugar), tienen un desfase de 45 grados con respecto al damero trazado, ya que su orientación corresponde a la de “ciudad-puerto”. También por 1780 quedaba terminada la Ciudadela.

Hacia 1770 se erige el llamado Barracón de la Marina, origen de la sede del Apostadero Naval Español del Atlántico Sur y las Islas Malvinas, desde donde el imperio hispánico vigilaba sus aguas atlánticas, que inició sus actividades en 1776. En el mismo lugar se instaló dos años después la primera aduana de la ciudad, que funcionó allí hasta 1853. Desde 1990 funciona allí el Museo del Descubrimiento.

Puede decirse que el proceso de construcción de las fortificaciones montevidéanas abarcó hasta fines del siglo XVIII. Diego Cardozo fue sustituido por Francisco Rodríguez Cardozo al mando de esta tarea. Sólo quedará por construirse la Fortaleza del Cerro, que data de 1808.

Es evidente que tuvo más importancia en este período la arquitectura militar que la civil. Incluso la piedra, material fundamental para las fortificaciones, no podía ser usada en otras edificaciones que no fueran de tipo defensivo.

Por eso recién a fines de la primera centuria que vivió Montevideo, comenzaron las grandes obras civiles y religiosas. Entre éstas podemos mencionar la Iglesia Matriz (1790), ubicada en donde había estado desde 1740 su predecesora, frente a la plaza principal, obra del arquitecto portugués José de Saa

y Faría; y la Casa de Comedias, primer teatro de la ciudad, levantada por iniciativa del comerciante Manuel Cipriano de Mello en 1793, en donde hoy está el Palacio Taranco, frente a la Plaza Zabala.

Destacado hombre de negocios lusitano, de Mello también había ordenado la construcción de una amplia casa habitación y de comercio en 1783, que fuera vendida en 1830 al Brigadier General Juan Antonio Lavalleja. El inmueble es desde 1944 un museo que lleva el nombre del citado luchador por la independencia uruguaya, ubicado en las actuales Zabala entre Cerrito y 25 de Mayo.

Hacia 1804 se construye la casa del comerciante español Cristobal Salvañach, que luego fuera del primer Presidente de la República, el General Fructuoso Rivera, y que funciona como sede central del Museo Histórico Nacional desde 1942, con el nombre de su ilustre anterior habitante, en el cruce de las hoy Rincón y Misiones.

La sobriedad neoclásica de sus fachadas despojadas de ornamentación era complementada con las rejas cuadradas y los típicos faroles coloniales. En lo que se refiere a la decoración, los azulejos cumplían una función muy relevante, al igual que los tradicionales techos “a la porteña”, de tirantería de madera dura y ladrillos.

Otras importantes obras civiles fueron las casas que dieron lugar a los actuales museos Romántico y Casa de Giró. El primero- sito en 25 de Mayo entre Zabala y Misiones –data en su construcción original de 1782, dándole un aspecto similar al actual el comerciante Antonio Montero, que la adquirió en 1831. El material predominante en esta restauración hace que se la conozca como “Palacio de Mármol”. La segunda, es aproximadamente de 1776, ubicada en Cerrito esquina Juan Carlos Gómez. Reformada hacia 1840 por el arquitecto italiano Carlos Zucchi, perteneció al Presidente Juan Francisco Giró, y resaltan en su fachada los balcones de cristal. Ambas son dependencias del Museo Histórico Nacional, desde 1962 y 1988 respectivamente. Estas dos viviendas recibieron en sus reformas pos-independencia algunas innovaciones, como algunos rasgos neogóticos y la construcción de una segunda planta.

Estas viviendas tenían por lo general dos patios: uno, más elegante, en donde el anfitrión recibía a sus amistades; y el otro de tipo rústico, que era frecuentado sólo por los sirvientes y esclavos que trabajaban en las casas.

El primer arquitecto civil de Montevideo fue Tomás Toribio. Nacido en España en 1756, llegó a Montevideo en 1799, como Maestro Mayor de las Reales Obras de fortificación de San Felipe y Santiago de Montevideo.

Además de ser autor de un polémico proyecto de puestos fijos para venta de verduras en la Plaza Constitución o Matriz, discutido desde el punto de vista urbano-patrimonial y ambiental, intervino en la Catedral y a partir de 1804 proyectó el edificio del Cabildo y Reales Cárceles (frente a la Plaza Matriz, en el que entre 1830 y 1925 funcionaron las Cámaras Legislativas), apenas fue nombrado primer Maestro Mayor de Arquitectura de Montevideo. Murió en julio de 1810 sin poder recuperarse de las heridas recibidas al caer de un andamio en este edificio.

Aún sobrevive su casa en la calle Piedras casi Ituzaingó, todo un desafío que mostró su sapiencia, ya que debió construir una vivienda para su esposa y cuatro hijos en un terreno mucho más profundo que ancho, con una fuente pública a sus fondos. Este inmueble alberga hoy las oficinas de la Comisión Permanente de la Ciudad Vieja.

En cuanto a las calles eran de tierra y estaban empedradas sólo en sus bocas. Durante esta época la ciudad tuvo dos nomenclaturas. La primera, que data de 1730, estableció trece nombres, que fueron puestos algunos de acuerdo a la costumbre, como por ejemplo, de la Carrera (hoy Sarandí), en alusión a los carros de autoridades que por allí pasaban; de la Iglesia (Ituzaingó); y otros con un criterio geográfico, como del Puerto Chico (Treinta y Tres); y también de acuerdo a personas que vivían en ellas, como la del francés Callo, actualmente Zabala.

En 1778 los nombres fueron cambiados por los extraídos del santoral católico. San Carlos se la llamo a la de la Carrera, mientras que la de la Iglesia pasó a ser de San Juan y la del Puerto Chico se le denominó San Joaquín. Siete nuevas vías de tránsito las llevaron a veinte, ya que la ciudad creció en sus manzanas en ese casi medio siglo para dar cabida a una población que aumentaba año a año.

### **Una aldea que se organizaba**

El abasto fue desde sus primeros días una preocupación para las autoridades montevidéanas. En general era realizada por los llamados “asentistas”, algo así como los concesionarios de hoy.

En cuanto a la carne, se trataba generalmente de hacendados cercanos a la ciudad. Esteban Ledesma y el ya mencionado Alzaibar dominaron por mucho tiempo la llegada de reses desde la campaña.

Otro rubro importante fue el de la harina. Si se recorre hoy algunas zonas de Montevideo (como la Unión y Maroñas), podrá verse los restos de molinos y tahonas, que elaboraban la harina con la que se hacía el pan en el centro poblado. Importantes empresarios de la época colonial, como Juan María Pérez y José Batlle y Carreó se destacaron en este rubro. La venta del pan en un principio fue tarea de mujeres, las que luego fueron desplazadas por los hombres con comercio establecido. Señala la investigadora Ariadna Islas que hacia 1804 “La necesidad de la formación de una corporación de panaderos expresaba la imposición de la forma empresarial- con mano de obra esclava –en la producción del pan”.

En lo que tiene que ver con la llegada de frutas y verduras, tenían su origen en las chacras que bordeaban el Arroyo Miguelete, en las actuales zonas del Prado y Paso del Molino. Eran comercializadas en los puestos a los que ya nos referimos, en el lado sur de la Plaza Constitución, o en el llamado Mercado Chico, cuya ubicación recuerda hoy una pequeña calle de la Ciudad Vieja.

El comercio menor era muy abundante. La muy manida imagen del “Montevideo de los pregones”, con los aguateros, los vendedores de velas, las mazamorreras, las lavanderas, entre otros, ha quedado plasmada en la forma en que anunciaban los productos que vendían, un aspecto muy trabajado a nivel de ciclo primario de enseñanza. Eran los llamados “regatones”.

Hacia 1781 había en la ciudad y sus alrededores 171 pulperías, comercios que no sólo vendían una amplia gama de productos, sino que también eran punto de encuentro social, en donde se apuraban juegos de naipes, guitarreadas y mate.

Dos aspectos preocupantes de aquel siglo XVIII eran el alumbrado y la limpieza. La iluminación de las calles tuvo un importante protagonista en Francisco Antonio Maciel, que en 1795 gana la licitación convocada por el Cabildo, para colocar en cada esquina un farol a vela, que eran encendidos generalmente por negros esclavos.

No se caracterizaba la hoy capital uruguaya por su pulcritud. No había saneamiento y las casas carecían aún de gabinetes higiénicos, salvo las más pudientes, que tenían letrina. El historiador José Pedro Barrán habla de la ciudad “de los olores fuertes”. El aroma de los cueros apilados en las calles y de la carne que se caía de los carros se tornaba a menudo insoportable. Era muy claro el riesgo de epidemias, ya que era usual que se tirara a la calle el producto de las necesidades fisiológicas. Ambos servicios eran también sustentados por un impuesto “puerta a puerta” de “real y medio”, de acuerdo a la moneda española en uso.

Con relación al agua potable, las fuentes más conocidas fueron la ubicada en la actual calle Cerrito (no casualmente llamada “De la Fuente” por la primera nomenclatura de la ciudad); la de la “Quebrada de los manantiales”, en la costa norte entre las hoy Treinta y Tres y Florida; la del Arroyo Canarias

(desaguaba en la bahía a la altura de la actual Paraguay); la “Fuente Nueva”, frente al Portón de San Pedro y la del Rey, en las inmediaciones del Teatro Solís.

Claro que las residencias de familias acomodadas tenían su aljibe. Los que no tenían esa suerte debían comprar el vital elemento a los aguateros, cuyos carros lo traían desde la zona de los “Pozos del Rey”, en la zona costera sobre la bahía, que hoy alberga al barrio que no casualmente se llama “Aguada”.

Los enfermos eran atendidos por médicos particulares o en Buenos Aires, cuando se agravaba su estado. Algunos eran recibidos por el Hospital de la Marina, en las actuales 25 de Mayo y Pérez Castellano.

La aparición de Francisco Antonio Maciel, llamado “El Padre de los Pobres”, posibilitó la construcción del Hospital de Caridad, que abrió sus puertas en 1788. Diez años más tarde comenzó a construirse su pequeña y célebre capilla.

La primera escuela que tuvo la ciudad fue la de los Padres Jesuitas, ubicada frente a la Plaza Constitución, en donde hoy está el edificio del Ministerio de Transporte y Obras Públicas.

Una vez expulsados estos religiosos de América Española, toman su lugar en el aspecto educativo los Franciscanos, instalando su convento y colegio en Zabala entre Cerrito y Piedras, en donde hoy está la sede central del Banco de la República Oriental del Uruguay. Connotados alumnos tuvo este instituto, pero quizás el más fue el mismísimo José Artigas.

El Maestro Mateo Cabral abrió en 1776 la escuela particular pionera en la ciudad. En 1795, Eusebio Vidal y María Clara Zabala- nieta del fundador de Montevideo –fundaron una escuela gratuita para niñas pobres.

Recién en 1809 comienza la acción directa del Estado colonial español en la enseñanza sistemática, con la puesta en funcionamiento de la primera escuela para niños pobres, luego cerrada y reabierta en 1815, según veremos más adelante.

### **La vida en un puerto que crecía**

La tranquilidad de aquella aldea que aspiraba poco a poco a ser más se veía matizada por algunos entretenimientos, como los billares, carreras de caballos, corridas de toros, loterías, carreras de sortijas, naipes y dados. La Casa de Comedias, a la que ya nos referimos líneas atrás, permitía recibir algún espectáculo fundamentalmente desde Buenos Aires.

Los negros tenían sus candombes que practicaban en el Recinto, espacio existente entre la muralla y las casas, desde las Bóvedas al Cubo del Sur, manteniendo vivos sus ritos, costumbres y danzas, traídas desde Africa. En cuanto a los blancos, vivían las tertulias de baile, al son del minué, gavota y paspié, en horas de la tarde.

La religión católica ocupaba un lugar fundamental en la vida de los montevidianos, lo que está pautado por las más de ochenta fiestas de ese tipo que vivía anualmente la joven ciudad. Estas eran solventadas por el Cabildo y también por la colaboración económica de los vecinos. Las mujeres tenían un papel protagónico, tanto yendo a misa como en la confección de altares para las celebraciones litúrgicas.

En la intersección de las actuales Piedras y Zabala fue levantada la primera capilla de la ciudad. Pero en 1740 empieza a construirse la Iglesia Matriz vieja, en el mismo sitio en donde medio siglo más tarde se colocará la piedra fundamental de la nueva Matriz, de la que ya hablamos.

Los niños poseían grandes oportunidades de divertirse. Las cometas, remontadas desde las azoteas, los trompos y el juego de pelotas (con la mano y haciéndola rebotar contra la pared), eran algunos de sus juegos predilectos.

En lo que se refiere al gobierno, el Cabildo era la principal autoridad ciudadana, aunque no representaba a todos los sectores sociales, sino aquellos más pudientes, ya que era necesaria determinada renta para integrarlo.

Montevideo dependió jerárquicamente de la Gobernación de Buenos Aires y del Virreinato de Nueva Castilla (actual Perú) hasta 1751, cuando se instala su propio Gobernador, siendo el primero José Joaquín de Viana, vasco igual que Zabala. Cuando en 1776 se crea el Virreinato del Río de la Plata, pasa a depender de esta institución.

Desde el punto de vista comercial, la actual capital uruguaya era regida por el Consulado de Comercio bonaerense. Recién al final de la época de la dominación española, en 1812, tendrá su propio cuerpo consular, encargado de regular las relaciones comerciales y que además cumplía las funciones de tribunal en esos asuntos.

Al principio de su existencia, la “San Felipe y Santiago”- así se la conoce por sus santos patronos –depende comercialmente de Buenos Aires, y al igual que ésta, depende para su subsistencia del contrabando, merced al régimen mercantilista de los reyes Aabsburgo de España, que sólo autorizaba la llegada y salida de mercaderías a través de tres puertos americanos (Veracruz, Cartagena y Portobello).

Con la tácita anuencia de las autoridades españolas de ambas ciudades del Plata, los navíos ingleses, portugueses y franceses recalaban en estas costas, generando una intensa actividad comercial en toda la región.

Las reformas borbónicas hacen de Montevideo un puerto privilegiado por España. Puerto habilitado por el Reglamento de 1778, puerto para el comercio negrero y apostadero naval español para toda esta región hasta las islas Malvinas, su pujante comercio pauta el pasaje de aldea pastoril y militar a emporio mercantil, forjado inicialmente por el comercio ilegal y favorecido por las leyes reales españolas, que la convierten en la gran rival de Buenos Aires.

Un oficial español llegado a estas tierras en la segunda mitad del siglo XVIII, Francisco Millau, no dudó en llamar a Montevideo "Principal fondeadero del Plata", destacando su puerto de "figura de hierro de caballo" o herradura. Este visitante ya era un visionario con respecto al destino de la novel ciudad.

En las dos últimas décadas del siglo XVIII se agudiza la confrontación entre ambas ciudades platenses. La hoy capital argentina comienza a cobrar impuestos a las naves que previamente pasaban por Montevideo, generando la exacerbación de lo que la historia recuerda como “Lucha de puertos”, foco inicial de un indudable espíritu localista que caracteriza a los habitantes montevidianos ya desde esos tiempos.

La ciudad asiste al nacimiento de una clase comerciante integrada por descendientes de españoles. Un incipiente sector de hacendados comienza la división de la tierra, mientras que una nutrida clase de asalariados, peones, estibadores, artesanos, pequeños propietarios y comerciantes menores luchaban por su supervivencia, al igual que los esclavos, dedicados fundamentalmente a las tareas domésticas.

Dentro de la jurisdicción de Montevideo, en 1771 podía distinguirse nueve pagos, los que más tarde darán lugar a pueblos como Nuestra Señora de Guadalupe (hoy Canelones) en 1778, Las Piedras (1780), Santa Lucía (1781), San José (1783), Minas (1783) y Pando (1787).

El período colonial es el más transitado por el sistema educativo uruguayo, aunque a menudo soslayando la importancia que ha tenido la ciudad desde el punto de vista geopolítico en la región.

De allí la importancia que tuvieron sus murallas, destinadas a defender el “antemural del Perú” y la “llave del Virreinato del Río de la Plata”, de las que pocos restos quedan hoy. Pero esa es otra historia ...